

El acompañamiento espiritual, hoy

Piet van Breemen, s.j.¹

1. La actualidad de una tradición

Cuando en 1965 Jean Laplace, desde su rica experiencia, escribió un extraordinario libro sobre el acompañamiento espiritual², empezó casi pidiendo disculpas por la clara constatación de que, entre los sacerdotes, había muy poco interés por este tema. Sólo dos décadas después Barry y Connolly, en el prólogo a un libro sobre el mismo tema³, afirmaron: "Este libro ha sido escrito en un momento de entusiasmo por la espiritualidad y el acompañamiento espiritual", con lo que resaltaban la gran diferencia en esta materia con respecto a la década de los sesenta. Este notable cambio de interés no hay que atribuirlo sólo a la diferencia entre Francia y USA, sino más bien a una evolución general, realizada en las últimas décadas, eso sí, en círculos reducidos. El servicio del acompañamiento espiritual, según todos los indicios, habrá de ganar en importancia en el futuro.

¹ Artículo publicado en "Ignatianish, Eigenart Methode der Gesellschaft Jesu", obra editada por Michael Sievernich S.J. y Günter Switek, S.J., Herder Verlag, Freiburg im Breisgau 1990, pgs. 497-512. El autor lo es también de varios libros publicados recientemente en la Editorial Sal Terrae, Santander: *El nos amó primero*, *Como pan que se parte*, *Transparentar la gloria de Dios*.

² J. LAPLACE, *La Direction de Conscience ou le Dialogue spirituel*, Tours 1965.

³ W. A. BARRY y W.J. CONNOLLY, *The Practice of Spiritual Direction*, New York 1982.

Hoy es más claro aún que en los tiempos de Jean Laplace que este servicio de ninguna manera está reservado a los sacerdotes, como ya lo habían mostrado los siglos pasados, cuando una y otra vez, laicos, tanto mujeres como hombres, habían dado pruebas de ser extraordinarios acompañantes espirituales⁴. Es claro que los laicos, dentro y fuera de la vida religiosa, tienen en este campo un importante papel y lo tendrán todavía mucho mayor. Y llama la atención que especialmente las mujeres asumen cada día más este servicio. Lo que debe alegrarnos, porque tienen una mayor capacidad de sensibilidad y de globalización y porque, así, crece el influjo femenino en los ministerios de la Iglesia, cosa, hasta ahora, demasiado poco promovida. Parece que los anglosajones se han adelantado un poco en esto al mundo de lengua alemana.

En una conferencia en la Universidad de Viena, el 17 de marzo de 1987, el cardenal Franz König abogó por que el término "ministerio" no se limitase al ministerio de los sacerdotes y de los obispos, sino que se hablase de múltiples "ministerios" eclesiales. *"Esta apertura del concepto de 'podría' descargar de modo definitivo la discusión sobre ministerio y mujer. Incluso esta extensión de la terminología en uso impediría que el ministerio se alejase de su carácter de servicio"*⁵. Los ejemplos de ministerios, que él aduce, podrían muy bien completarse con el del acompañamiento espiritual.

En muchos países se organizan hoy cursos, con frecuencia amplios e intensivos de formación de acompañantes espirituales, ellos y ellas, y, aunque la oferta es bastante generosa, muchas veces no alcanza, ni de lejos, a toda la demanda. Colaborar en esta formación es una función multiplicadora fructífera y actual, acorde con "nuestro modo de proceder".

⁴ Así lo refiere, por ejemplo, Ignacio de Loyola en su autobiográfico Relato del peregrino, agradeciendo y alabando a una "mujer de muchos días" de Manresa, desconocida para nosotros, pero que por su experiencia espiritual era ampliamente conocida y buscada en España, y que ayudó al "joven soldado de Cristo" Iñigo entre su conversión y su peregrinación a Jerusalén: MI FN 1 392ss y 412. Bajo el título "Direction Spirituelle" el artículo del Dictionnaire de Spiritualité III, París 1957, 1001-1214, aporta otros muchos ejemplos de laicos que fueron extraordinarios acompañantes espirituales.

⁵ F. KÖNIG *Frau und Kirche*, en Stz 112 (1987) 509.

El ministerio de la palabra destacó en la Compañía de Jesús, de forma señalada, desde sus comienzos. Ya en la *Formula Instituti* es nombrado en primera línea, "*cualquier otro ministerio de la palabra de Dios*"⁶, como uno de los objetivos de la nueva Orden que se estaba fundando. Más tarde las Constituciones tratan en su Parte VII sobre las misiones; en el capítulo 4º se pone de relieve en qué pueden los miembros ayudar a los prójimos. En primer lugar es citado el testimonio, después la oración y misas, la administración de sacramentos, la predicación y la formación en doctrina cristiana (dentro y fuera de la Iglesia): "*asimismo a particulares procurarán de aprovechar en conversaciones pías*"⁷.

Esta indicación en la *Formula Instituti* y esta cita de las Constituciones tienen su raíz vital en la experiencia de Ignacio, que, gracias a sus conversaciones espirituales, tanto en España como en París, conquistó sus primeros compañeros. Cuando en julio de 1527 los dominicos de San Esteban en Salamanca pusieron en duda su ortodoxia y le preguntaron: "*¿Qué es lo que predicáis?*", les contestó Iñigo: "*Nosotros no predicamos, sino con algunos familiarmente hablamos cosas de Dios, como después de comer con algunas personas que nos llaman*"⁸. Durante toda su vida la conversación espiritual será el carisma de Ignacio. Nunca fue propiamente un "predicador".

En su plática a los compañeros sobre El servicio apostólico de la Compañía de Jesús según la *Formula Instituti* Nadal, el comentarista más competente de las Constituciones, explica este servicio de la Palabra de Dios: "*En primer lugar supongo la conversación espiritual privada, que es una extraordinaria ayuda para la promoción de los prójimos. El P. Ignacio ha hablado de ella frecuentemente con notables expresiones y dejado preciosas enseñanzas sobre ella. Ciertamente, lo que un predicador y un lector hacen abiertamente desde el púlpito para una gran audiencia, se puede afrontar también en privado, con individuos concretos, con una utilidad muy grande. Además se tiene una mayor libertad y un influjo más fuerte, puesto que puede uno adaptar*

⁶ MI Const I 376 (cfr. etiam 26).

⁷ MI Const III, 214 (648).

⁸ MI FN, 454.

*sus palabras a las cuestiones y al estado del interlocutor*⁹. Especialmente dotados para este servicio fueron, entre los primeros compañeros, Pedro Fabro, Claudio Jayo, Diego Lainez, Simon Rodrigues y Francisco Javier¹⁰.

Este modo de proceder recobra una renovada actualidad en nuestra sociedad secularizada. Donde la fe apenas puede ser manifestada públicamente o incluso es amenazada por ello, es necesario crear una atmósfera en la que cada individuo pueda expresar, en un auténtico encuentro, sus más profundos valores, opiniones, preguntas y dudas, así como también recibir sugerencias y respuestas. Precisamente en este plano muchas personas en la actualidad se sienten excesivamente aisladas. Desean expresarse y ser comprendidas a esos niveles, para ser ayudadas. Los predicadores podrían intentar una respuesta, por lo demás demasiado general y casi un monólogo, a cuestiones con frecuencia complicadas y muy diversas. La conversación espiritual en pequeño grupo o con un individuo concreto es la mejor, si no la única, oportunidad. En ella reside el futuro de la pastoral intensiva.

En la tradición de la Compañía de Jesús esta conversación espiritual ha evolucionado poco a poco hacia el acompañamiento espiritual en sentido propio. Una especial forma de acompañamiento espiritual la constituyen los Ejercicios Espirituales, que tienen, en este sentido, sus específicas exigencias. Así, por ejemplo, se dice en la anotación 15: *"El que da los ejercicios no debe mover al que los recibe más a pobreza ni a promesas que a sus contrarios, ni a un estado o modo de vivir que a otro. Por que, dado que fuera de los ejercicios lícita y meritoriamente podemos mover a todas personas; que probaliter tengan subiecto, para elegir continencia, virginidad, religión y toda manera de perfección evangélica, tamen en los ejercicios espirituales más conveniente y mucho mejor es, buscando la divina voluntad, que el mismo Creador y Señor se comuniqué a la su ánima devota abrazándola..."*¹¹. En este artículo no tratamos del acompañamiento

⁹ NHI Epp. Nadal V. 833; En relación con este tema cfr: T. H. CLANCY, *The conversational Word of God*, St. Louis, 1978.

¹⁰ Así M. OLPHE GALLIARD en *Dictionnaire de Spiritualité*, III, París 1957, 1116.

¹¹ MI Ex. 152ss.

espiritual durante los Ejercicios Espirituales, sino del acompañamiento espiritual fuera de los Ejercicios, aunque para ello haya que hacer referencia algunas veces a los Ejercicios Espirituales¹².

2. Una ayuda hacia Dios

El acompañamiento espiritual es una ayuda, que un hombre ofrece a otro para crezca en su fe y sea él mismo en la realización de la voluntad de Dios. Barry y Connolly definen el acompañamiento espiritual como *"ayuda que un cristiano da a otro para hacerle capaz de escuchar la comunicación de Dios, de crecer en familiaridad con este Dios y de traducir en vida las consecuencias de esta relación"*¹³. Lo que presupone que esta forma de acompañamiento es libremente querida y de larga duración. Si el *"ayudar a las ánimas"* es resaltado por Ignacio una y otra vez como el primero y más original objetivo de su Orden y si la más importante tarea de todo ser humano consiste en *"ordenar la vida"* al fin para el que es creado [Ejerc 21. 23], entonces se entiende también por qué la ayuda del acompañamiento espiritual, tal y como se ha descrito, pertenece a la misión esencial de la Compañía de Jesús.

Se trata de una ayuda. El término "acompañamiento" espiritual lo refleja más adecuadamente que el antiguo término "dirección" espiritual. Lo esencial es que el acompañante espiritual no decide (si lo hiciera se convertiría en "director"), sino que deja al otro libre, y le hace libre, para decidir por sí mismo. Pero esta decisión no es ningún subjetivismo, sino búsqueda permanente de la voluntad de Dios. La fórmula de despedida de muchas cartas de Ignacio, a personas de fuera y dentro de la Compañía, expresa una y otra vez en forma de deseo o de ruego que *"la voluntad de Dios siempre sintamos y en todo enteramente la cumplamos"*. Deseo que coincide con el deseo fundamental de los Ejercicios Espirituales, esto es, conocer la *"voluntad individual de Dios"* (en expresión de Karl Rahner) a partir de la propia experiencia de Dios.

Las condiciones y exigencias, que Ignacio propone al ejercitante, sirven precisamente para asegurar el proceso de esta búsqueda. A él está estrechamente vinculado el sentido que se atribuya a la libertad

¹² Una referencia sólo a un notable estudio sobre el acompañamiento espiritual en Ejercicios: F. SCHWAIGER, *Die dialogale Dimension in den zwanzig Anmerkungen der Exercitien des heiligen Ignatius von Loyola*, Roma 1985.

¹³ W. A. Barry y W. J. Connolly, o.c. 8.

interior, que es el alfa y omega de los Ejercicios Espirituales: *"hacernos indiferentes"* [Ejerc 21] y *"Tomad, Señor, y recibid... toda mi libertad"* [Ejerc 234].

El esfuerzo por liberar de afecciones desordenadas es característico del acompañamiento espiritual, jesuítico, también fuera de los Ejercicios¹⁴. Esta libertad interior se orienta completamente a servir a Dios con toda la persona y a poder explorar su voluntad, lo más posible, sin prejuicios. Es una libertad para algo, que juega un papel central en "nuestro modo de proceder".

3. Lo eclesial y lo personal

La Biblia y la Iglesia nos ofrecen indicaciones, con diversos grados de obligatoriedad, como es natural, que pueden facilitarnos el hallar la voluntad de Dios. Ignacio las toma muy en serio. La materia de las meditaciones en los Ejercicios Espirituales la extrae, casi exclusivamente, de la Sagrada Escritura, casi siempre en directo, algunas veces glosada libremente.

Hacia el fin de los Ejercicios Espirituales propone dieciocho reglas *"para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener"* [Ejerc. 352-370]. No son apéndice casual, sino que los Ejercicios Espirituales por su esencia desembocan en ellas y son canalizados hacia ellas. El primer punto de las reglas de elección en los Ejercicios Espirituales suena así: *"es necesario que todas cosas, de las cuales queremos hacer elección, sean indiferentes o buenas en sí y que militen dentro de la santa madre Iglesia hierárquica, y no malas ni repugnantes a ella"* [Ejerc 170].

Pero Ignacio sabe, por sus propias luchas a lo largo de su vida, que la voluntad concreta de Dios no se halla, muchas veces, tan fácilmente. La clave para ello está en lo más profundo del ser humano, en lo que se llama "conciencia". Para no extremar la popularidad de mandatos y conciencia, es conveniente tomar la ley en su totalidad y entender esta totalidad desde un fe íntegra. Cuando se aíslan los detalles, pierden su humanidad. Con suprimirlos no se gana nada; al

¹⁴ F. MEURES, *Sich frei machen von alien ungeordneten Anhänglichkeiten*, en *Korrespondenz zur Spiritualität der Exercitien*, 35 (1985) 2-69.

contrario, sobreviene el fracaso. Hace falta lo universal (lo "católico"), que se realiza en el amor. Jesús no vino a abolir la ley ni los profetas, sino a darles plenitud (Mt 5, 17). Ignacio nunca perdió de vista esta amplia perspectiva y así enseñó a cumplir en libertad y amor lo mandado. Pero no olvidó que a esto se llega paso a paso.

Quien se sitúa en este contexto globalizante, debe auscultar en su interior, pues sólo en Yo más profundo logrará percibir qué puede cumplir en paz y amor. La realización habla con la voz silenciosa de la conciencia. La totalidad se cristaliza en el centro de la persona. Ahí está, según la firme convicción de Ignacio y de sus hijos, el hombre en diálogo con Dios. No se trata de algo que permanece en lo general y en lo exterior, sino de algo muy personal e íntimo.

Precisamente porque se trata de algo muy personal, se necesita normalmente la ayuda de otro, para hacer vibrar y soñar lo que uno lleva como su más profundo bien y su riqueza más interior. El descubrimiento, - siempre sólo aproximado-, del propio misterio personal requiere la presencia mayéutica (descifradora), comprensiva y amorosa, de un hermano. *"Porque existen muchas cosas cubiertas bajo máscaras y roles, no hay encuentro con el Yo sin encuentro de calidad con un Tú"*¹⁵. Quien busca un acompañante espiritual espera precisamente de él este "encuentro de calidad con un Tú". Con él crece una relación en la que ambos se aportan muy profundamente. Aquel a quien le cuesta entrar en una relación verdaderamente profunda, lleva también muy cuesta arriba un acompañamiento espiritual. La entrega del propio interior no es fácil¹⁶. Por eso una y otra vez sobreviene la tentación de intentar la huida.

Hombres de palabra fácil tienen la ventaja de poderse expresar bien y con exactitud, pero sucumben más fácilmente a la tentación de esconderse, en gran medida, detrás de muchas palabras. Más importante que la habilidad verbal es la capacidad de observar los movimientos interiores sin prejuicios, cuidadosamente y sin valoraciones, pues es entonces cuando se puede diferenciar en qué medida le pertenecen a uno profundamente (son "saludables") o repugnan al núcleo personal (son perturbadores y disonantes). Ignacio

¹⁵ M. SCHNEIDER: *Das neue Leben* Freiburg- Basel- Wien, 1989, 132.

¹⁶ Sócrates dice: "Es algo muy serio confiar su alma a otro" (Platón, Protágoras, 313).

titula el primer grupo de "Reglas de discreción de espíritus" en los Ejercicios Espirituales con las palabras: "*Reglas para en alguna manera sentir y conocer las varias mociones que en la ánima se causan...*" [Ejerc. 313]. Con mucha agudeza, siempre actual, comenta Johann Philipp Roothaan este punto: "*Es de notar que estas reglas no sólo sirven al conocimiento y al discernimiento de los movimientos del alma, sino a sentirlos y tomar conciencia de ellos. ¡Pues cuántos hay que ni una vez sienten los movimientos de su alma, es decir no son conscientes de ellos, no observan! Estas reglas contribuyen extraordinariamente a hacernos atentos a lo que pasa en nuestro interior*"¹⁷.

Esto sucedía en 1835. En el año 1966 Albert Görres escribe en su tratado *Pathologie des katholischen Christentums*: "*Existen todavía hoy hombres, provenientes de medios católicos, enormemente rígidos y recelosos, cuando, en el marco de un tratamiento psicoterapéutico, son invitados a entregarse a una autoobservación sin prejuicios y a reconocer en verdad los más finos movimientos, por ejemplo de hostilidad, de envidia, de malestar ante lo sacrosanto. Entre teólogos y religiosos esta incapacidad y resistencia a una autoobservación sin prejuicios alcanza cotas sorprendentes. No quieren ni pueden saber lo que verdaderamente les pasa*"¹⁸.

Es sorprendente leer en los textos de los Padres del desierto lo finos de observación y lo prácticos que eran estos campeones del espíritu en tomar conciencia de sus "logismoi" y cómo los manifestaban a su "Padre" sin miramientos. Esto era lo decisivo, si no lo único, que el discípulo tenía que decir a su "abba". El término "logismoi" significa a la letra "pensamientos" pero abarca también sentimientos, inclinaciones, aspiraciones, fantasías y sueños. Es importante constatar que estos "logismoi" no estaban entonces cargados de culpabilidad; no eran pecados en sí mismos, ni para ellos, sino ante todo, a lo sumo, tentaciones al pecado. Y en el fondo sigue siendo así, aunque algunas veces no, según la sensibilidad moderna. "*En la comprensión*

¹⁷ JOHANNES ROTHAAAN, *Die geistliche Übungen des heiligen Ignatius nach der spanischen Urschrift*, Regensburg, 1985, 304, nota 1.

¹⁸ En *Handbuch der Pastoraltheologie 11/1* editado por FRANZ XAVIER ARNOLD, Freiburg- BaselEien, 1966, 303.

*occidental, sin embargo, de estos ocho "logismoï" han nacido los siete pecados capitales. Con lo cual se han introducido un grave deslizamiento, que puede explicar el temor de muchas personas a confesarse a sí mismas, o a otros, tales monstruosidades"*¹⁹. Un eco de esta praxis de los Padres antiguos, libre de cargas y originalmente sana, se encuentra en los Ejercicios Espirituales, en la penúltima regla de discreción de espíritus de la primera semana [Ejerc. 326].

Manifestar a uno sus "logismoï", a lo mejor reprimidos durante largo tiempo, es tarea difícil, pero también un gran alivio. Ya no se está solo con ellos. Son contemplados conjuntamente con el acompañante y acogidos afectuosamente y pierden por ello parte de su fuerza amedrentadora. Esto requiere del acompañante espiritual que se siente distendido y confiado en esta profundidad de la relación humana. Debe proporcionar una atmósfera de acogida y de confirmación, pero sin vincular al otro a sí mismo (y sin reducir por ello la franqueza). En toda su actitud debe resplandecer una discreta y auténtica fe, simultáneamente con un saber humano, fruto de la experiencia y del estudio. Tal vez en ningún otro campo, como, precisamente, en el del acompañamiento espiritual interdependen tanto entre sí naturaleza y gracia.

En la parte X de las Constituciones escribe Ignacio que, para la conservación y aumento de la Compañía de Jesús y para conseguir su fin, "ayudar las ánimas", los medios que unen el instrumento con Dios son más eficaces que los que le disponen para con los hombres; pero de tal manera, que sobre este fundamento de la unión con Dios, los medios humanos son preciosos y se deben procurar con esmero²⁰. En el acompañamiento espiritual, tan vinculado al fin de la Orden, esta visión entra en acción de manera especial. Exige que el acompañante procure configurar por Él, de manera que "busque a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todos sus sentidos y pensamiento" (Mt 22, 37). En esta indivisa actitud ante Dios debe conseguir un conocimiento sólido de teología, psicología, espiritualidad y pastoral, tanto teórica como práctica. Y no como campos separados, sino

¹⁹ G. BUNGE, Akedia, *Die geistliche Lehre des Evagrius Pontikos von Überdruss*, Köln 1983, 36, citado por Bunge.

²⁰ MI Const. 111 270 (813ss).

crecidos íntegramente en su persona. Así aporta a lo más profundo del encuentro la experiencia bíblica de salvación personal y, al mismo tiempo, la competencia de su propia persona.

4. El Dios siempre mayor

El centro de este encuentro es la búsqueda de Dios y de su voluntad. En esto coinciden los dos dialogantes: *"Maestro bueno, ¿qué debo hacer para ganar la vida eterna?"* (Mt 10, 17). A lo que corresponde el *"curet primo Deum"* de la *Formula Instituti*: *"Todo (= el quiera... en nuestra Compañía ... servir)... procure, mientras viviera, poner delante de sus ojos, ante todo a Dios..."*²¹. Esto es, no el "Dios altísimo" o "lejano", sino el Dios que, según la conocida expresión de Bonhoeffer, "está en medio de nuestra vida, más allá". Este Dios seduce hoy no menos que en otros tiempos. En realidad le busca todo ser humano, pero el camino por el que es buscado, muchas veces es profundamente desconocido. El descubrir a este Dios en medio de nosotros puede convertirse en fuente de nueva vida, de nuevo desarrollo, de nueva fecundidad; pero puede también conducir a desconcierto y angustia. Ahí es donde resulta enormemente importante el cualificado "encuentro con el tú", con el acompañante espiritual, para encontrar el camino recto.

Un cristiano ha conocido este camino en Jesús de Nazaret (Jn 14,6) y con ello se le ha regalado mucha luz y claridad. El corazón del acompañamiento espiritual será *entonces "que Cristo se configure en vosotros"*, como resume Jean Joseph Surin las palabra de Pablo (Gal 4, 19)²².

El acompañante espiritual debe captar todo lo que resuena en los motivos para el acompañamiento espiritual, tanto en sí mismo como en el otro. Aunque la búsqueda de Dios y del camino, que es Cristo, sean el objetivo principal, podrían actuar turbadoramente intensas intenciones secundarias, a veces ocultas. Al menos el acompañante espiritual debe conocerlas y examinarlas sin ingenuidad y, habiéndolas captado, reaccionar sereno ante ellas impulsando lo bueno. Así podrían, en el

²¹ MI Const. 1, 26 y 376.

²² Dictionnaire de Spiritualité III, París, 1957, 1128.

curso del acompañamiento espiritual, ser esperanzadamente purificados los motivos impuros y puede avanzar el camino hacia Dios.

En este camino Dios se manifestará como “siempre mayor”²³. Por grande que Le pensemos, Él es siempre mayor aún. Por mucho que hayamos experimentado sobre Él, es siempre mayor. Por eso el ser humano siempre permanece *in statu viatoris*, peregrino, en camino. Así lo ha comprendido el Antiguo Testamento que ha utilizado con acierto para la vida humana el término “peregrinar”. Debemos caminar este camino sin idea preconcebida, pedir a Dios luz y esperar para el próximo paso.

Este camino es singular para cada uno e imprevisible. Con normas objetivas sólo y por pura razón humana, podría uno errarlo. Gran admiración merece, por ejemplo, el párroco de Kriens, Haimo am Grund, que acompañó a Nicolás de Flüe en su extraordinario paso de dejar a su esposa Dorotea -no sin su aprobación difícilmente alcanzada- y a sus diez hijos, el más pequeño de 13 semanas, para retirarse como eremita al monte de Ranfts, donde después otros muchos buscaron su consejo en asuntos espirituales. Si la Iglesia necesitó 200 años para beatificarle y otros 200 para canonizarle, fue sin duda por eso, porque la separación de la familia rompió todos los cuadros de lo moralmente razonable. Qué extraordinario acompañante espiritual el que, contra todo, reconoció el paso justo.

Lo mismo el P. Raimundo de San Bernardo, en Tours, que acompañó a la viuda María Guyart, aún siendo madre de un hijo de once años, a su ingreso en las Ursulinas de su ciudad natal. Reconoció como bueno lo que, según criterios sinceramente objetivos, no había que haber aprobado. Los hechos posteriores le dieron la razón, por muy inverosímil que esto pareciera a primera vista. Cuando María de la Encarnación llegó a ser la inspirada mística, primera misionera en ultramar y un puntal de las misiones entre indios en el actual Canadá; fué además una escritora espiritual de primer rango. Muerta el año 1672, fue beatificada por el Papa Juan Pablo II en 1980.

²³ E. PRZYWARA dió a su magistral obra sobre la teología de los Ejercicios el significativo de “Deus semper maior”, Wien - München 1964.

Otro ejemplo menos llamativo podría ser en nuestra propia Orden la admisión del Hermano Alfonso Rodríguez en la Compañía de Jesús. Por dos veces pidió, viudo y sin hijos, a sus 38 años, ser admitido en la Orden. Dos veces juzgaron los Padres, que examinaron su petición según las Constituciones, que no era apto. Sin embargo, el Provincial Antonio Cordeses lo recibió. Y acertó.

5. La voz interior

Juan Bours escogió como título para uno de sus últimos libros la paradoja talmúdica: *"El hombre es conducido por el camino que él elige"*: Escribe a propósito de esta sentencia: *"en esta sentencia se encierra una tensión: Yo soy conducido - yo elijo"*. Con esto se quiere significar: *Cuando me he dedicado desde lo profundo por algo, en armonía con mi ser, entonces son liberadas fuerzas de mí y me salen al encuentro fuerzas semejantes, que me abren el camino y me posibilitan caminar. Yo hago brotar, con mi propia decisión, con mi elección, fuerzas de mi campo vital*²⁴. Un tal elección "desde lo profundo, en armonía con mi ser" encuentra exactamente la voluntad de Dios. Donde un ser humano está profundamente en consonancia consigo mismo, está en el fondo de acuerdo con Dios, y al revés"²⁵. Dios mismo es el más profundo fondo de nuestro ser. Es, según la bella expresión de Jan van Ruysbroek, el Dios *"que nos sale al encuentro de dentro a fuera"*.

Por eso la primera tarea del acompañante espiritual es escuchar, hasta percibir esta voz del ser profundo. Para lo cual es instruido por la autorevelación del acompañado y debe después fiarse de ella. Escuchar significa "descentralizar", cambiar el centro de gravedad, estar en el otro con todo su ser. No se trata de sus propias experiencias, sino de las de otro. Si, por ejemplo, el acompañante dijera: "Esto me ha pasado a mí también alguna vez", entonces existe el peligro de no conocer la inconfundible singularidad de la experiencia del otro y de que al mismo tiempo su propia experiencia (y con ella él mismo) se hagan centro. Lo

²⁴ Freiburg-Basel-Wien 1988, 13.

²⁵ En esta simple frase está formulado el principio fundamental de la discreción de espíritus. Queda evidentemente un sutil proceso para llegar desde este perfecto descubrimiento en lo profundo a la correcta decisión práctica.

que se le pide, por el contrario, es la desinteresada atención a las palabras que el otro dice y a lo que, entre líneas, queda por decir.

Esto requiere un silencio interior, que no espera impacientemente para poder responder y que no tiene necesidad de valorar moralmente al otro y, mucho menos, de enjuiciarlo. Lo que supone una capacidad de compenetración, que ayude al otro a una mayor claridad, también en las experiencias que él mismo observa nebulosas y embrolladas. El ideal es que el acompañante espiritual -tal vez ayudándose de preguntas pertinentes-, le despeje el camino hacia su propia fuente interior, le ayude a la aceptación e interpretación de sus experiencias, y eventualmente le disponga, incluso, a una decisión. En esto el acompañante espiritual debe mantenerse en su puesto, modesto y difícil, que no es ni el de Dios ni el del acompañado y, por eso, tampoco el del que tiene que decidir.

En el acompañamiento pueden sobrevenir, tal vez, dolor y frustración, pero, ante todo, lo importante es que sean verbalizados y así compartidos, aunque por ello, de momento, el dolor se haga más intenso. El acompañante debe evaluar y respetar muy exactamente la cercanía auténtica y la distancia necesaria. Entonces podrá, en el momento maduro para ello, alargar la perspectiva e insinuar contextos más amplios, en los que pueden integrarse las experiencias dolorosas, de manera que no degeneren en amargura, sino que fructifiquen.

6. El acompañante

Todo lo dicho requiere del acompañante una inteligencia y una prudencia capaces de llegar bastante rápidamente a lo esencial sin dejarse engañar. Es muy conocido cómo Teresa de Avila, desde su dolorosa experiencia personal, llegó a escribir que prefería un confesor avisado, aunque no muy piadoso, a uno piadoso pero no muy inteligente²⁶; de lo que no se debe deducir que ella formulara una elección entre dos males, ya que siempre es mejor si el confesor posee, a la vez, las dos cualidades.

Ciertamente, lo esencial es un sincero respeto a la persona acompañada y una acogida sin condiciones. Tocamos aquí el campo

²⁶ Vida, c. XIII, 18.

del amor, pues el respeto es el núcleo del amor y la acogida su forma. El acompañante no tiene que cumplir ninguna condición para ser tenido por digno de este esfuerzo, ni hay faltas, debilidades o pecados, que puedan sustraerle a una benevolencia total. Al contrario, si el acompañado no es aceptado por entero en lo peor de sí mismo, el acompañamiento se bloquea.

C. J. Jung, en una intervención en la conferencia pastoral alsaciana, en mayo de 1932, habló en términos exigentes de la "empatía" necesaria para el acompañamiento, tanto del médico como del pastoralista: *"Este empalme no se da cuando el médico condena. Tanto si lo hace en alta voz con muchas palabras como si lo hace sin decirlo, en silencios, nada cambia en cuanto a eficacia. También al revés, no sirve para nada el dar inconsideradamente razón al paciente. Es tan distanciador como el condenar. La empatía surge solamente a través de una objetividad sin prejuicios. Esto puede sonar casi a científico. Podría confundirse con una especie de regla puramente intelectual, abstracta. Lo que quiero decir es completamente distinto: hay algo humano, algo como un respeto ante el hecho, ante el hombre que lo padece, ante el enigma de una tal vida humana. El hombre verdaderamente religioso se rige por esta regla. Sabe que Dios ha creado toda clase de cosas maravillosas e incomprensibles y que, por caminos insondables, busca alcanzar el corazón de los hombres. Por eso siente en todas las cosas la oscura presencia de la voluntad de Dios. Bajo 'objetividad sin prejuicios' entiendo esta regla. Es el servicio moral del médico, que no hace ascos ante la enfermedad ni ante la putrefacción. No se puede cambiar nada, que no se acepta. Condenar no libera, sino que oprime. Yo no soy el amigo y el compañero compasivo del condenado, sino su opresor. Esto no significa de ninguna manera que nunca se deba sentenciar. Pero no se debe sentenciar donde se quiere y se puede ayudar y mejorar"*²⁷.

No requiere ni aprobación ni conformidad, sino comprensión, en contraposición a incomprensión. No se exige aprobar o tranquilizar (buscar una solución de compromiso), sino acogida y un cierto grado de participación. En un famoso "Praesupponendum" al comienzo del librito

²⁷ C. G. JUNG, *Gesammelte Werke*, Bd 11, Zürich - Stuttgart, 1963, 366 ss. editado por Jung.

de los Ejercicios da Ignacio una instrucción para el diálogo, cuyo sentido va mucho más allá de los Ejercicios. Señala que comprensión no es ausencia de compromiso y muestra qué hay que hacer -sobre la base de la comprensión-, cuando no es posible el acuerdo con alguna afirmación del interlocutor.

"Para que así el que da los ejercicios, como el que los recibe, más se ayuden y se aprovechen, se ha de presuponer que todo buen cristiano ha de ser más pronto a salvar la proposición del prójimo, que a condenarla; y si no la puede salvar inquiera cómo la entiende, y si mal la entiende, corríjale con amor, y si no basta, busque todos los medios convenientes para que, bien entendiéndola, se salve" [Ejerc. 22]. La palabra "declaración" (en el Autógrafo español "proposición", en la versión Vulgata "sententia seu propositio", en la versio prima "propositio") deja poco margen para pensar en una descripción de experiencia, sino más bien en una afirmación. Respecto a las experiencias no hay acuerdo, sino sencillamente comprensión.

Al comienzo del acompañamiento la sinceridad de la acogida sin condiciones de parte del acompañante es, más o menos inconscientemente, probada (o incluso probada a fondo). Se añade también, tal vez, una cierta torpeza, que más tarde puede ser observada claramente desde la historia de la vida del otro, y una cierta inexperiencia para expresarse en este tipo de cosas. En general, para muchos es más difícil de lo que manifiestan el confiar a otro su mundo íntimo.

Todo esto, el acompañante espiritual no lo puede afrontar con una simple relación profesional y aún menos con una presencia madura. No puede y no debe ahorrarse a sí mismo como persona. El acompañado debe saber con quién se las tiene que ver y cómo sintoniza con él. Tiene derecho a sinceridad. Esto no significa que el acompañante "diga todo lo que es verdad, sino que todo lo que diga sea verdad", según Ruth Cohn, y que su comportamiento externo corresponda a su criterio interior. En último término, como se ha dicho más arriba, lo decisivo es la acogida sin condiciones.

7. Aceptación de sí mismo

Esta acogida no se logrará si el acompañante no se acepta a sí mismo. Si más arriba, con referencia a Santa Teresa de Avila, se

mencionaron la inteligencia y la prudencia como cualidades extraordinariamente importantes del acompañante espiritual, más importantes aún que la piedad, pienso que la aceptación de sí mismo es aún más esencial. Un acompañante muy inteligente y prudente, a quien le falta suficiente aceptación de sí mismo, corre el peligro de hacer mucho daño.

Su deficiente autoestima le predispone a fuertes vaivenes que, precisamente por su gran inteligencia puede exagerar. Con facilidad se inclinará a crear dependencias para (inconscientemente) recibir más autoafirmación y, en general, estará, sin caer en la cuenta, pendiente de gratificaciones más de lo conveniente. No le será fácil exponerse a un sincero encuentro sin exagerados mecanismos de defensa. Pero, ante todo, y resumo en el fondo lo anteriormente dicho, apenas será capaz, en situaciones difíciles, de aceptar sin condiciones al acompañado, precisamente porque él mismo no se acepta suficientemente.

Cualquiera que tenga experiencia pastoral sabe que aquí subyace un serio problema que explotará a menudo. Con qué frecuencia el problema fundamental del asesoramiento pastoral es precisamente la pobre confianza en sí mismo, la negativa autocomprensión y la deficiente autoafirmación, incluso allí donde las apariencias reflejan lo contrario. Todo esto tiene que ver con la psicología, pero también con la fe. El corazón de la fe es "el amor que Dios nos tiene" (1 Jn 4, 16). De él recibe la vida su sentido y en él se establece el cimiento de una auténtica felicidad. "Creer significa saber no sólo con la cabeza, sino también con el corazón, que Dios me ama creándome, cariñosamente, inalterablemente, con amor seguro, lleno de respeto"²⁸. Este "saber" hace al ser humano capaz de amarse a sí mismo como es, sin reserva y sin duda. En último término la aceptación de sí mismo es para los cristianos la consecuencia directa del acto de fe. El más importante presupuesto del acompañante espiritual para su servicio es, en mi opinión, que la fe se haya hecho de tal manera carne y sangre en él, que haya llegado a una alta dosis de aceptación de sí mismo.

Sobre esta base será capaz de ayudar a otro a observar la comunicación de Dios en su vida, a acogerla según sus fuerzas y a vivir

²⁸ P. VAN BREEMEN, Precioso ante sus ojos (Kostbar in seinem augen), Würzburg 1981, 51.

en coherencia con ella. Para proporcionar esta ayuda, la oración, tanto de uno como de otro, tiene un papel insustituible, pero no puede saltarse lo humano; al contrario, sólo en lo concreto humano es posible esa ayuda. Alguien dijo con gran sobriedad: "Hay tres fuentes para la dirección espiritual: el propio cuerpo, la propia historia y las circunstancias concretas".

Sería fatal dejar de lado lo que no se ajusta a nuestras ideas. La gracia supone la naturaleza. Esto conlleva que en el acompañamiento espiritual hay que enfrentarse a una serie de fenómenos perturbadores, que a veces causan considerables dificultades, pero que, si son bien abordados, pueden resultar una gracia muy real. Mencionemos algunos brevemente y, en primer lugar, cuatro que gravan la relación humana entre los dos interlocutores, y finalmente dos que, sobre todo, dificultan la relación con Dios.

8. Desajustes en la relación humana

Un ajuste que haga difícil la relación puede impedir la comprensión armónica y, sobre todo, amortiguar las oscilaciones del centro espiritual.

El acompañado, por ejemplo, transferirá al acompañante viejos sentimientos ya olvidados, pero que en el acompañamiento despiertan de nuevo. El acompañante se encuentra entonces confrontado con sentimientos de amor y/o de odio, que no tienen que ver con la situación. Es exageradamente valorado, alabado, admirado o, al contrario, atacado, vilipendiado, culpado. En la exageración debe olfatear la transferencia. Su mayor fallo sería tomar esos sentimientos y reacciones como referidos a su propia persona, pues con ello estaría estableciendo, casi inevitablemente, la base para la confrontación, es decir, para reaccionar, el acompañante, desde sus sentimientos no suficientemente controlados. Si esto sucede, el acompañamiento se bloquea, tal vez para siempre. Es provechoso que el acompañante se clarifique de alguna manera sobre sus propias inclinaciones a la confrontación.

Otra forma de dificultad son las *proyecciones*. Surgen cuando el acompañante observa e interpreta demasiado fuertemente "a través de su propia lente". "Descubre" entonces en el otro deseos, sentimientos,

problemas, angustias, debilidades, faltas..., que no son de éste, sino, más bien, suyas propias. Lo que desaloja de sí mismo se lo carga al otro. Para prevenir este comportamiento fatal, es necesario que el acompañante haya asumido y clarificado bastante sus propias sombras, lo que apenas podrá lograr, si él mismo no se deja ayudar.

El llamado "*Síndrome de ayudador*" es un tercer, indeseable impedimento. El acompañante espiritual abusa, en el fondo, de la relación con el acompañado para pacificar sus propias necesidades insatisfechas, o incluso para dominar por medio de la ayuda. Naturalmente, hay una cierta realización en el poder ser compañero de personas en su camino hacia Dios. La confianza que se regala a uno, la belleza interior de lo que uno es indigno testigo, la obra de Dios en un ser humano le impactarán profundamente a uno y le enriquecerán. Pero cuando disimuladamente la propia realización se convierte en centro, la relación se falsea. Por eso es importante que el acompañante espiritual tenga una comunidad y/o amigos, donde encuentre su hogar afectivo y donde experimente la entrega y el intercambio que necesita, para que en este campo sea suficientemente independiente de las personas que acompaña. Es importante también que su vida esté enraizada en Dios y que tenga abierto y libre el camino a la fuente interior del agua viva. Podría ser sospechoso que esté siempre disponible para ayudar con el acompañamiento, y que no busque para sí mismo una tal ayuda.

También puede darse lo contrario del "síndrome de ayudador", es a saber, cuando la necesidad de recibir ayuda es tan exageradamente fuerte, que el acompañado resulta dependiente del acompañante, hasta serle imposible hacer algo que ponga en peligro la seguridad que éste le da. Ha surgido entonces una dependencia emocional, que esclaviza y que reduce fuertemente (por el momento) el acompañamiento espiritual propiamente dicho. Como en los anteriores obstáculos también en éste el principal esfuerzo del acompañamiento espiritual es transformar la vinculación, paralizante y no auténtica entre acompañante y acompañado en una liberadora vinculación de ambos a Dios.

9. Impedimentos en la relación con Dios

Después de estos cuatro ejemplos de cargas emocionales negativas de la relación humana, mencionemos dos posibles factores

obstaculizantes en la estructura psíquica del acompañado que impiden que el propio Yo, y con ello también Dios, se expresen. Primeramente el *Super Yo*. Se trata de una instancia necesaria en cada persona. Es el precipitado de todas las fuerzas educadoras, que actúa como puesto de control normativo. Es como una cristalización de todas las huellas, que las diversas autoridades han dejado detrás de sí en la vida: normalmente el padre en primer lugar, pero también la madre, los educadores y maestros, el líder juvenil y el sacerdote. En la medida en que son interiorizados, se desarrollan como una censura interior, una policía interna, que intenta controlar la vida mandando o prohibiendo, alentando o devaluando, alabando o sancionando. Actúa con angustia, con sentido de culpa y vergüenza, o también con alivio o con una alegría superficial.

Este Super-Yo intenta también dominar la búsqueda de Dios y de su voluntad. Un caso extremo lo constituye el escrupuloso, que ya ni es capaz de elegir entre el bien y el mal. Sólo puede obrar con angustia y temor lo que la policía interna le impone como obligación, aún cuando eso contradiga todas las normas del sentido común (lo que, por lo demás, él mismo a menudo ve claramente). Pero también en estructuras menos extremas del Super-Yo existe el peligro de que el acompañante espiritual y el Super-Yo se desarrollen conjuntamente, de manera que el acompañamiento no supere el nivel de la censura (¿qué debo hacer? ¿qué debo no hacer? ¿cuál es mi obligación?). Esto puede suceder porque el acompañante espiritual propone altos ideales e intenta conseguir vigorosas convicciones, urge y hasta, dado el caso, amenaza, o también tranquiliza, actuando así masiva y casi exclusivamente sobre el Super-Yo. Puede también suceder porque el acompañado proyecta su propia censura interna sobre el acompañante, recibiendo todo lo que se dice sólo en esta limitada longitud de onda y sencillamente no registrando lo que la trasciende.

En ambos casos el acompañamiento espiritual discurre compacto hacia un cuello de botella moral, en la que la voluntad de Dios es reducida y caricaturizadas y en el que el Espíritu Santo y el deseo más profundo del hombre no llegan a ser expresados. La liberalización de esta violencia estéril para llegar a la libertad de los hijos de Dios requiere un amor sin prejuicios y una paciente e insobornable confianza

de parte del acompañante. Así brillará un día -se puede esperar-, la Verdad, que es Cristo, y liberará realmente.

Otro fenómeno, que a veces estorba la relación con Dios, es el Yo-Ideal. Es infinitamente más hermoso que la realidad y, cuando la realidad resulta dura o hiriente, puede uno buscarse consuelos baratos en este cuadro ideal esbozado por uno mismo. Uno lo va construyendo en el curso de los años, pero no soporta su propio misterio como hombre, precisamente porque es una chapuza arbitraria. Pero se puede ser apasionadamente esclavo de este ideal; uno querría mucho más gustosamente ser el que no es, y rechaza ser menos de lo que es en realidad. Esto juega un papel importante en casi todos los acompañamientos espirituales. El acompañado narra lo que ha experimentado, pero más o menos desfigurado por su ideal.

Un acompañante experimentado debe contar con esto en alguna medida. Comete un gran fallo cuando, sin caer en la cuenta, asume como suyo el ideal. Esto hace el acompañamiento mucho más fácil, agradable y tranquilizador para ambos interlocutores, pero al mismo tiempo ingenuo e irreal. En la aceptación sin condiciones, paciente e inteligente, por medio del acompañante, es probable que el ideal se rompa. Es muy doloroso; una sensación de que el suelo desaparece bajo los pies. La salida de la esclavitud lleva, de entrada, una vez más al desierto, donde hasta se puede experimentar la vieja esclavitud como particularmente atractiva. Entonces debe el acompañante espiritual ser verdadero y no llenar los vacíos, verdadero también en su amor y su aceptación, y estar atento al Espíritu Santo, para transmitir la palabra necesaria en ese momento²⁹.

El desplome de la esclavitud crea una disposición increíblemente despierta, a recibir precisamente esa palabra. Una vez reconocida, se manifiesta por una alegría clara y liberadora, como Ignacio describe la consolación en su tercera regla de discreción de espíritus en la primera semana. [Ejerc 316].

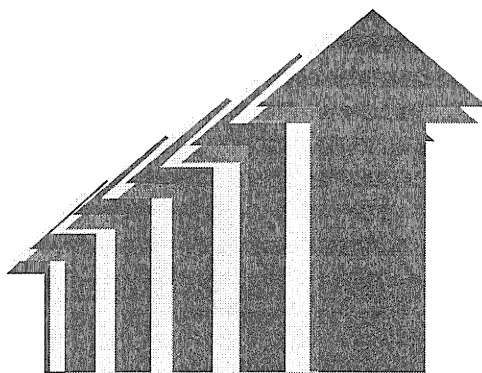
Esta alegría es el sello claro de la obra de Dios. Ser colaborador de Dios significa también "contribuir a la alegría" (2 Cor 1, 24).

²⁹ Los Padres antiguos llamaron a esta palabra sencillamente "la Palabra" (rema) o "la Palabra espiritual" (logion pneumaticón).

Orientándose por la consolación relejó Ignacio cuidadosamente la historia de su vida y como él mismo dijo al P. Gonçalves de Cámara el 20 de octubre de 1555, es decir, nueve meses antes de su muerte, (vivió) *“siempre creciendo en devoción, esto es, en facilidad para encontrar a Dios y ahora más que en toda su vida”*³⁰.

Al ritmo de la consolación y la alegría se realiza todavía, según “nuestro modo de proceder”, el acompañamiento espiritual en el presente. Pues en estos dones se manifiesta, como el verdadero acompañante, el Espíritu Santo, de quien intentamos ser fieles servidores.

[Tomado de “CIDE”, ECUADOR, 30 (agosto 1997), pp. 75-98]



³⁰ MI FN I, 504 (Autobiografía 99).